

EL RECOBRO DEL SACERDOCIO CON MIRAS AL EDIFICIO DE DIOS

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

Los dos órdenes propios del sacerdocio

Lectura bíblica: 1 P. 2:5, 9; Ap. 5:10; Éx. 29:1, 4; Gn. 14:18-20; He. 13:15; 2:12

I. El significado básico de un sacerdote en la Biblia es que un sacerdote ministra Dios al hombre:

- A. La primera mención de un sacerdote en las Escrituras establece el principio de un sacerdote.
- B. La primera vez que se utiliza la palabra *sacerdote* en la Biblia es con relación a Melquisedec, quien era un rey y un sacerdote real—Gn. 14:18-20.
- C. La historia fundamental del sacerdocio en las Escrituras es la de una persona que proviene de Dios y ministra algo de Dios al pueblo de Dios:
 - 1. Melquisedec provino de Dios y le ministró a Abraham algo de Dios.
 - 2. El pan y el vino representan a Dios como nuestro disfrute, y a Dios quien es ministrado a nosotros para nutrirnos, refrescarnos, sostenernos, consolarnos y fortalecernos.
- D. Si hemos de ser sacerdotes genuinos hoy, debemos comprender que un sacerdote no sólo es alguien que sirve a Dios, sino que también es alguien que ministra Dios al hombre.
- E. Si, en calidad de sacerdotes, sólo sabemos cómo rendirle servicio a Dios sin saber cómo ministrar Dios al hombre, la situación entre nosotros será bastante pobre en lo relacionado al sacerdocio.

II. Los dos órdenes del sacerdocio son el sacerdocio santo y el sacerdocio real—Ap. 5:10; 1 P. 2:5, 9:

- A. El sacerdocio santo es tipificado por el orden de Aarón; el orden de Aarón es el orden santo—Éx. 29:1, 4; 1 P. 2:5; He. 2:17:
 - 1. Ser santo equivale a ser separado de las cosas mundanas para Dios—1 P. 1:16:
 - a. El orden santo es un orden separado de las cosas comunes para las cosas divinas y para el uso del Señor.
 - b. Los sacerdotes santos son aquellos que son separados para ir a Dios, para representar al pueblo de Dios—2:5.
 - 2. El primer orden del sacerdocio —el aspecto del sacerdocio aarónico, el sacerdocio santo— tiene como finalidad ofrecer sacrificios a Dios por nuestros pecados; por lo tanto, el sacerdocio aarónico está relacionado principalmente con la ofrenda por el pecado—He. 10:12:
 - a. El sacerdocio aarónico soluciona el problema del pecado; la purificación de los pecados efectuada por Cristo es tipificada por la obra de Aarón—1:3; 7:27; 9:12, 28.
 - b. Cristo quitó de en medio el pecado al ofrecerse a Sí mismo a Dios como un solo sacrificio por los pecados—v. 26; 10:10-12.

- c. El sacerdocio aarónico no era parte de la intención inicial de Dios, sino que fue añadida posteriormente debido al problema del pecado—1:3; Jn. 1:29; Ro. 8:3.
- B. El sacerdocio real es tipificado por el orden de Melquisedec; el orden de Melquisedec es el orden real, regio—1 P. 2:9; Gn. 14:18; He. 5:10:
 - 1. El segundo orden del sacerdocio —el aspecto del sacerdocio tipificado por Melquisedec, el sacerdocio real— tiene como finalidad ministrar al Dios procesado en nosotros como nuestro disfrute para nuestro suministro— v. 10; 7:1-2.
 - 2. Que Cristo se haya sentado a la diestra de la Majestad en las alturas es conforme al orden de Melquisedec—Sal. 110:1, 4; He. 1:3; 8:1.
 - 3. Como Sumo Sacerdote real, Cristo nos ministra todo lo que necesitamos, impartiendo al Dios Triuno procesado y consumado en nosotros como nuestro suministro de vida para cumplir el propósito eterno de Dios.
 - 4. En nuestra experiencia actual, los sacerdotes reales son aquellos que vienen de parte de Dios para cuidar del pueblo de Dios, tal como Melquisedec vino de parte de Dios para encontrarse con Abraham a fin de ministrarle pan y vino—Gn. 14:18-19.
 - 5. A medida que servimos en la vida de iglesia práctica, el verdadero sacerdocio surge cuando ministramos Dios a otros para que, a la postre, ellos sean la expresión de Dios—1 P. 4:10; 2 Co. 3:18.
- C. El sacerdocio aarónico soluciona el problema del pecado, y el sacerdocio real cumple el propósito eterno de Dios; el sacerdocio aarónico eliminó el pecado, y el sacerdocio real introdujo a Dios como nuestra gracia—He. 1:3; 4:16.
- D. Por una parte, hoy en el recobro del Señor somos sacerdotes santos que van a Dios para representar al pueblo de Dios y traer sus necesidades a Él; por otra, somos sacerdotes reales que vienen de Dios al pueblo para representar a Dios y ministrarles a Dios—1 P. 2:5, 9:
 - 1. Los sacerdotes santos ofrecen algo a Dios por el bien del pueblo, y los sacerdotes reales declaran las cosas de Dios al pueblo.
 - 2. Somos los sacerdotes santos y los sacerdotes reales, que vamos y venimos en dos direcciones.

III. El sacerdocio santo ofrece sacrificios espirituales a Dios—v. 5:

- A. Los sacrificios espirituales que los sacerdotes santos ofrecen conforme a la economía de Dios son: (1) Cristo como la realidad de todos los sacrificios de los tipos antiguotestamentarios, tales como el holocausto, la ofrenda de harina, la ofrenda de paz, la ofrenda por el pecado y la ofrenda por las transgresiones (Lv. 1—5); (2) los pecadores que son salvos mediante nuestra predicación evangélica, ofrecidos como miembros de Cristo (Ro. 15:16) y (3) nuestro cuerpo, nuestras alabanzas y lo que hacemos para Dios (12:1; He. 13:15-16; Fil. 4:18).
- B. En especial, los sacrificios espirituales incluyen a Cristo como realidad del holocausto; podemos ofrecer Cristo a Dios como nuestro holocausto sólo al grado al que hayamos experimentado a Cristo en Sus experiencias como holocausto—Lv. 1:6, 9; 6:8-13.

- C. Dios no acepta obra alguna que no sea un sacrificio, que no sea completamente una ofrenda; por tanto, la pregunta no es “¿Qué he hecho para Dios?”, sino “Lo que he hecho, ¿lo hice como ofrenda a Dios?”.
- D. Como sacerdotes en el sacerdocio santo, mediante el Cristo inmutable como gracia, debemos ofrecer “siempre a Dios [...] sacrificio de alabanza”—He. 13:15:
 - 1. En la iglesia debemos ofrecer, por medio de Cristo, sacrificio de alabanza a Dios.
 - 2. En la iglesia Cristo canta en nosotros himnos de alabanza a Dios el Padre, y nosotros también debemos alabar a Dios el Padre por medio de Él—2:12:
 - a. Él y nosotros, nosotros y Él, alabamos al Padre juntos en el espíritu mezclado—1 Co. 6:17.
 - b. Cristo, como Espíritu vivificante, alaba al Padre en nuestro espíritu, y nosotros, por medio de nuestro espíritu, alabamos al Padre en Su Espíritu.
 - c. Éste es el mejor y más elevado sacrificio que podemos ofrecer a Dios por medio de Cristo—He. 13:15.

IV. El sacerdocio real anuncia las virtudes de Dios, quien nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable—1 P. 2:9:

- A. La virtud (2 P. 1:3) es la energía y fuerza de la vida divina que nos capacita para alcanzar la gloria de Dios como meta; las virtudes (1 P. 2:9) son las excelencias de Dios, lo cual se refiere a lo que Dios es y tiene.
- B. Anunciar significa proclamar a los cuatro vientos; esto equivale a beneficiar a otros al exhibir como evangelio las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable—v. 9:
 - 1. Las tinieblas son la expresión y la esfera de Satanás en muerte; la luz es la expresión y la esfera de Dios en la vida—1 Jn. 1:5.
 - 2. Dios nos llamó y nos libró de la esfera satánica, de la esfera de muerte de las tinieblas y nos llevó a Su esfera vital de luz—Hch. 26:18; Col. 1:13.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

AARÓN Y MELQUISEDEC

[Hebreos 5:1-6 y 7:1-3] revelan dos órdenes del sacerdocio. El primer orden es según Aarón, y el segundo es según Melquisedec. En el orden de los sacerdotes según Aarón era algo que procedía del hombre que le traía las necesidades del hombre a Dios, debido a que estos sacerdotes eran escogidos de entre los hombres. Pero el orden según Melquisedec era uno que proviene de Dios al hombre, impartándole algo de Dios al hombre.

En estos dos órdenes sacerdotales, hay dos direcciones o tienen un tráfico en dos direcciones. En el primer orden, la dirección es del hombre a Dios, y en el segundo, de Dios al hombre. Aun Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, tiene estos dos órdenes con estas dos direcciones. Él es el Sumo Sacerdote según el orden de Aarón y también el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec. Según el orden de Aarón, Él como hombre, fue escogido de entre los hombres para acercarse a Dios con todas las necesidades del hombre. Pero según el orden de Melquisedec, Él como Hijo de Dios, vino de Dios para impartirnos a Dios y bendecirnos con algo de Dios.

En Éxodo 28:12 y 29 leemos: “Pondrás las dos piedras sobre las hombreras del efod, como piedras memoriales con respecto a los hijos de Israel. Aarón llevará ante Jehová sus nombres

sobre sus dos hombros por memorial [...] Así Aarón llevará los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio sobre su corazón, cuando entre en el santuario, como memorial perpetuo ante Jehová”. Aarón, como sumo sacerdote, llevaba todos los nombres del pueblo de Dios a la presencia de Dios como un tipo de memorial.

Génesis 14:18-20 dice: “Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino; él era sacerdote de Dios el Altísimo. Y le bendijo, diciendo: / Bendito sea Abram de Dios el Altísimo, / Dueño de los cielos y de la tierra; / y bendito sea Dios el Altísimo, / que entregó a tus enemigos en tu mano. / Y le dio Abram el diezmo de todo”. Melquisedec vino de parte de Dios con pan y vino para salir al encuentro de Abraham, quien había peleado la batalla por Dios. Él bendijo a Abraham con pan y vino. Esto es muy interesante. Él bendijo a Abraham sólo con estas dos cosas, las mismas cosas que usamos en la reunión de la mesa del Señor.

En 1 Pedro 2 también encontramos estos dos órdenes sacerdotales. En el versículo 5 vemos el orden de Aarón y en el versículo 9 el orden de Melquisedec: “Vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual hasta ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (v. 5). Éste es el sacerdocio según el orden aarónico, el cual trae algo de parte del hombre a Dios.

“Mas vosotros sois un linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable” (v. 9). El sacerdocio santo, mencionado en el versículo 5, lleva algo de parte del hombre a Dios, y el sacerdocio real, mencionado en el versículo 9, trae algo de parte de Dios para declararlo y anunciarlo al hombre.

LA NATURALEZA HUMANA TIENE QUE SER SANTA

El sacerdocio se compone de la naturaleza humana y la divina. Es fundamentalmente algo procedente de la encarnación, la cual es la naturaleza divina mezclada con la naturaleza humana. Un sacerdote tiene que ser una persona plenamente mezclada con Dios [...] La naturaleza humana, a fin de que se mezcle con la divina, tiene que ser santa. Originalmente, era común y mundana, pero como tiene que mezclarse con la naturaleza divina con miras al sacerdocio, tiene que ser santa. La palabra *santo* en el griego significa ser separado (para Dios). Para estar en el sacerdocio, tenemos que estar apartados del mundo y de todo lo común. De otro modo, nunca podremos ser sacerdotes.

Un sacerdote es uno que sirve al Señor. Si no somos sacerdotes, nunca podremos servirle. Nunca podemos pensar que estamos preparados para servir al Señor después de haber asistido a algún seminario, a alguna universidad bíblica o a algún instituto bíblico; eso solamente nos hará sacerdotes “profesionales”, no verdaderos. Para ser sacerdotes verdaderos, tenemos que ser santos; esto es, separados de todo lo de este mundo y de todo lo común.

Primeramente, nuestras palabras tienen que ser separadas. No debemos hablar como la gente del mundo; nuestras conversaciones tienen que ser separadas de todo lo común. Aun nuestros pensamientos, nuestros conceptos e ideas tienen que ser separados. Nuestra manera de pensar no puede ser tan común; tiene que estar separada. Si no somos separados de todo lo común y mundano, nuestro sacerdocio habrá llegado a la bancarrota. No solamente nuestra manera de hablar, pensar y actuar, sino aun la manera en que gastamos nuestro dinero tiene que ser santa. Muchos hermanos y hermanas dicen que quisieran ser sacerdotes y servir al Señor, pero gastan su dinero de tal modo que quedan excluidos del sacerdocio. Un sacerdote tiene que ser separado hasta en la manera de gastar el dinero.

Muchas veces, al visitar el hogar de un hermano o una hermana, me he afligido al ver que

su hogar era tan común, tan mundano. No era nada separado. En el siglo pasado hubo dos hermanos de apellido Gordon: A. J. Gordon y S. D. Gordon. No recuerdo cual Gordon fue, pero uno de ellos, como un joven que servía al Señor compró una casa. Él se mudó allí y la amuebló por completo. Luego le pidió a su padre que viniera a ver su casa nueva. Después de que su padre la vio, el joven Gordon le preguntó qué pensaba de ella. Su padre le dijo que todo se veía muy bien, pero que tenía una pregunta: si un extraño viniese a su casa, ¿sabrá si la casa es de un hijo del diablo o de un hijo de Dios? El padre de Gordon sencillamente quería decir que esta casa no estaba separada. Ésta era muy común y mundana; era igual a muchas casas de las personas del mundo. No había separación ni santidad.

Algunas veces la manera de vestirse de algunos hermanos y hermanas hace que otros duden o se pregunten: “¿Son éstos cristianos o son gente del mundo?”. Tenemos que separarnos de las modas de esta era, de otro modo nunca tendremos el sacerdocio. El sacerdocio tiene que tener una separación santa.

Como hombres en el sacerdocio, tenemos que acudir al Señor continuamente con todas nuestras necesidades y las necesidades de los demás. Según Hebreos 5, aun el sumo sacerdote tenía necesidades, y debido a que tenía las mismas debilidades, él podía compadecerse con otros. Puesto que todos somos humanos, podemos compadecernos con las necesidades y debilidades de los hombres. Los que estamos en el sacerdocio, tenemos que acudir al Señor continuamente con todas estas necesidades.

Sin embargo, para tener contacto con el Señor en Su presencia es necesario que estemos separados. Cualquier cosa común impedirá nuestra comunión con el Señor. Será un velo que nos cubre, separándonos de la presencia del Señor. Antes que podamos permanecer en la presencia del Señor con todas las necesidades del hombre, tenemos que estar separados. Si tenemos algo común que nos cubre y nos separa de la presencia del Señor, tenemos un velo. Me gusta un himno que dice: “Nada entre Tú y yo, mi Señor”. Si deseamos tener contacto con el Señor, no puede haber nada entre Él y nosotros. Lo que haya entre nosotros y el Señor es un velo que tiene que ser rasgado. Tenemos que ser separados de eso en particular. Pensamos que el Señor es tan grande, pero a veces Él es bien pequeño. A veces el Señor luchará con una persona simplemente debido a unos zapatos. A nosotros nos gustan, pero al Señor no.

Cuando yo era joven, el Señor trató conmigo acerca de muchas cosas pequeñas. Aun hubo ocasiones que compraba un libro espiritual y lo tuve que devolver. El Señor me decía interiormente que no lo comprara ya que necesitaba el dinero para otra cosa, pero de cualquier modo lo compraba. Al llegar a casa no podía comer ni dormir bien. Diría: “Señor, Tú no eres tan pequeño; eres muy grande. ¿Por qué te preocupa esto tan pequeño?”. Me encontraba en una verdadera batalla. No podía orar ni ministrar. A la postre, me veía obligado a devolver el libro. Creo que muchos de nosotros hemos tenido experiencias parecidas. Para tener contacto con el Señor, tenemos que ser separados. Tenemos que pedirle al Señor que nos muestre de lo que tenemos que ser separados. Lo sabremos interiormente. De hecho, ya lo sabemos.

De este modo, el primer aspecto del sacerdocio consiste en acudir al Señor con todas las necesidades de los hombres. Como se hacía en el sacerdocio aarónico, tenemos que llevar al hombre y sus necesidades sobre nuestros hombros y en nuestro pecho. Esto significa que tenemos que llevarlos con fuerza y amor. Cada vez que el sumo sacerdote entraba a la presencia del Señor, se ponía sus vestiduras sacerdotales con los nombres de las doce tribus que estaban inscritas en piedras sobre sus dos hombros. Las doce piedras preciosas que llevaban los nombres de las doce tribus estaban engastadas en el pectoral. Esto significa que el sumo sacerdote llevaba al pueblo de Dios a Su presencia. Tenemos que dedicar tiempo para traer

todas nuestras necesidades, las necesidades de los hermanos y las necesidades de toda la iglesia a la presencia del Señor y permanecer allí por algún tiempo. En esto consiste el sacerdocio santo.

LA REALEZA PROCEDE DE LA SANTIDAD

La naturaleza humana tiene que ser santa para poder mezclarse con la naturaleza divina, que es real. Mientras tenemos la naturaleza divina, tenemos el reinado, ya que todo lo divino es real. Es fácil ser real si somos santos. Si estamos dispuestos a apartarnos completamente para Dios sin reserva alguna, seremos reales. Cuanto más apartados estemos para Dios, más santos y reales seremos.

Después de permanecer en la presencia del Señor por cierto tiempo como sacerdotes santos y apartados, salimos de la presencia del Señor con algo divino. Acudimos al Señor con algo humano, pero salimos de Su presencia con algo divino. Salimos como un real sacerdocio. Tenemos que ser santos para poder ser reales. Cuando vamos a los hombres después de haber permanecido en la presencia del Señor, ellos tienen el sentir de que hay algo divino y real en nosotros. En esto consiste el real sacerdocio. Ahora tenemos algo de Cristo que impartirles. Cristo es tipificado por el pan y el vino, los cuales muestran a Aquel que murió por nosotros y dio Su cuerpo y sangre para nuestro disfrute. El pan y el vino tipifican al Cristo redentor que se dio por nosotros.

Antes de alcanzar a los incrédulos, tenemos que ser sacerdotes santos para ser sacerdotes reales. Primero tenemos que entrar en la presencia del Señor con los nombres de todos nuestros amigos incrédulos y decirle al Señor de sus necesidades. Cuando hacemos esto, ministramos como sacerdotes santos en la presencia del Señor. Pero muchas veces, cuando acudimos al Señor con esas necesidades, primero Él nos muestra algo en nosotros de lo cual tenemos que tomar medidas. Si no estamos dispuestos a satisfacer los requisitos del Señor, llegaremos a nuestro fin y seremos despedidos del sacerdocio. Pero si estamos dispuestos a pasar por tratos, podremos permanecer en la presencia del Señor como sacerdotes santos por amor a nuestros amigos incrédulos. Después de permanecer en la presencia del Señor una y otra vez por algún tiempo, el Señor nos guiará de allí a nuestros amigos. Entonces iremos con la naturaleza divina y el reinado divino. No simplemente iremos como seres humanos, sino también como seres divinos. Iremos a ellos como sacerdotes reales que imparten algo de Dios. Esa impartición será el Cristo redentor. Esto significa que les traemos el pan y el vino a nuestros amigos incrédulos. Lo que ministremos a ellos será algo del pan y el vino. Luego, con el tiempo, algunos de nuestros amigos serán salvos.

En los diez días antes de Pentecostés, Pedro y los ciento veinte oraron y oraron en el aposento alto. Durante ese tiempo ellos eran el sacerdocio santo. Por diez días estuvieron absoluta y plenamente separados para el Señor. Ellos trajeron todas las necesidades de los hombres a la presencia del Señor. Luego, a los diez días, en el día de Pentecostés, salieron de la presencia del Señor a declararle a la gente lo que el Señor Jesús había hecho. Entonces ellos eran el real sacerdocio. Incluso la gente los miraba como reyes, no como pescadores. Cuando Pedro estaba de pie hablando, la gente sentía algo de peso, algo divino, algo celestial y real. Él fue un sacerdote real que impartió a Cristo como pan y vino a los necesitados.

Cuando Melquisedec salió al encuentro de Abraham, venía de la presencia de Dios y le ministró algo de Dios como pan y vino para fortalecer a Abraham. Abraham había estado combatiendo la batalla por mucho tiempo y estaba cansado y tenía necesidad. Él necesitaba pan y vino para su sustento. Por lo tanto, Melquisedec vino de parte de Dios y con Dios para ministrarle pan y vino. Éste es el real sacerdocio.

Como sacerdotes, tenemos que darnos cuenta de que cada vez que entramos en la presencia del Señor con nuestras necesidades y las necesidades de otros, somos sacerdotes santos. Por esta razón, tenemos que ser separados de todo lo común. Cuando estamos rectos con respecto al Señor y estamos saturados de Su gloria, saldremos de Su presencia para ir a la gente como sacerdotes reales y regios. Entonces ministraremos a Cristo mismo como Aquel que redime, tipificado por el pan y el vino. Somos separados del mundo, y estamos saturados de Su presencia. En esto consiste tanto el sacerdocio santo como el real.

SOLAMENTE EL SACERDOCIO SANTO Y REAL PUEDE EDIFICAR LA IGLESIA

En la vida de iglesia tenemos que ser sacerdotes santos en nuestro vivir personal y sacerdotes reales en las reuniones. Día tras día tenemos que estar en la presencia del Señor para presentarle nuestras necesidades, las necesidades de los hermanos y de los incrédulos. Cada día tenemos que pasar tiempo en la presencia del Señor como sacerdotes santos. Luego, cuando vayamos a las reuniones, impartiremos algo de Cristo a los necesitados. De esta manera, ejerceremos nuestra función en la iglesia como sacerdotes santos y reales.

El Señor necesita hoy el sacerdocio santo y real. Pero observemos el cristianismo actual. Casi todos los creyentes no se han separado para Dios como sacerdotes santos, y cuando “van a iglesia”, no tienen nada de Cristo que impartir como sacerdotes reales. Ellos solamente buscan a un profeta. Todos se sientan en las bancas en silencio. Ellos no son sacerdotes; ellos son laicos que se sientan y esperan oír un “buen” sermón. Ésta es la lamentable condición del cristianismo actual.

No habrá la debida edificación de la iglesia hasta que el sacerdocio sea recobrado. Todos nosotros tenemos que aprender la lección de ser sacerdotes santos en nuestra vida personal. Tenemos que ser separados plenamente para el Señor en todo, a fin de introducirnos a nosotros mismos y a otros en la presencia del Señor. Así, cuando vayamos a las reuniones, espontáneamente seremos sacerdotes reales que traen algo de Cristo como pan y vino a los muchos cansados y necesitados. Esto producirá la edificación de la iglesia. Entonces los profetas quedarán “desempleados”, ya que no tendrán nada que hacer. Ésta es la única manera de edificar la iglesia.

El Señor Jesús no edifica Su iglesia como Profeta, sino como Sacerdote y Rey. Zacarías 6 claramente nos dice que Cristo, el Renuevo, edificará el templo como Sacerdote y Rey, no como Profeta. El tabernáculo, el templo de Salomón y el templo recobrado fueron edificados por el sacerdocio y el reinado.

El mismo principio se aplica a la edificación de la iglesia hoy. Tal vez sea necesario que venga el profeta y nos anime cuando estemos desalentados; tal como el profeta Hageo fue a animar a Josué el sumo sacerdote y a Zorobabel el gobernador. Pero la edificación de la iglesia no depende directamente de los profetas. Más bien, depende del sacerdocio y el reinado. Tenemos que aprender a ser sacerdotes y reyes, esto es, a ser el sacerdocio santo y el real sacerdocio. Tenemos que tomar la carga de clamar al Señor hasta que veamos a los hermanos y hermanas en cada localidad ejercer su función como sacerdotes santos en la presencia del Señor y como sacerdotes reales ante la gente.

La edificación de la iglesia no se produce por la enseñanza. Se produce mediante los dos órdenes del sacerdocio viviente. Tenemos que orar al Señor específicamente para que en nuestra ciudad, y en todo lugar, se levante un grupo de creyentes que ejerzan su función como sacerdotes vivientes según el orden de Aarón y según el orden de Melchisedec. (*El sacerdocio*, págs. 45-52)